

LIBROS

Juan Benet: «Joyce es de segunda fila»

Escritor ya hecho antes de que nadie lo conociera como tal, Juan Benet ha llegado de golpe al gran público con dos novelas, «Volverás a Región» y «Una meditación» (Premio Biblioteca Breve); un libro de cuentos, «Nunca llegarás a nada»; una obra de teatro publicada y no estrenada, «Agonía confutans», y dos libros de ensayos, «La inspiración y el estilo» y «Puerta de tierras». Ahora prepara «Un viaje de invierno», novela que seguirá a la primera de las arriba citadas.

Juan Benet, un madrileño de 1927, de ascendencia vasca y catalana, alterna las actividades literarias y el ejercicio de su profesión. Benet es, como Celaya, ingeniero, y de esta formación tal vez se derive su rigor. En un momento de tanto confusiónismo literario, la de Benet es una de las pocas cabezas claras que saben orientarse entre la niebla que nos envuelve, y uno de nuestros escritores de más ancha y mejor asimilada cultura. Fue íntimo amigo del malogrado Luis Martín-Santos, al que había conocido ya en los años cuarenta, y de Martín-Santos hablamos esta tarde.

JUAN BENET.—Fue una de las personas más inteligentes, lúcidas, simples y abiertas entre las que he tratado en mi vida. Tenía una capacidad de estudio como muy pocos. Lo recuerdo en Madrid, en 1948, hablándome de sus lecturas de entonces...

—Era el triste reinado de los Van del Meerch, Wassermann, Zilahy, ejercido a través de Barcelona.

J. B.—Justo. Y eso era lo que leía. Eso y Thomas Mann; no pasaba de aquí. Yo le orienté hacia Kafka, hacia Faulkner, le presté el «Ulises» de Joyce...

—Pero Faulkner no estaba aún traducido. Por iniciativa de Marichalar, según creo, se había publicado antes de la guerra «Santuarios», y la casa editora guardaba los volúmenes no vendidos en algún desván. Los exhumó cuando le dieron el Nobel al autor.

J. B.—Yo tenía ediciones francesas y argentinas de gran parte de su obra. Luis Martín-Santos las devoró, y, en menos de seis meses, su perspectiva literaria, sus gustos, se habían transformado radicalmente. Aún conservo muchos de los libros que le presté y que me devolvió anotados. Tenía mucha prisa, era un gran ambicioso. Lo recuerdo estudiando el planteamiento de «Tiempo de silencio».

—Novela que convendría revisar para despojarla de las adherencias hagiográficas pro-

rechos que en aquel tiempo le hacía: «Una novela con fondo de verbena y vida de pensión, y una puñalada: es costumbrismo puro, a lo Mesonero Romanos. Además, tiene el concepto del humor confundido. La ironía, que alcanza en alguna ocasión cotas muy altas, no se mantiene a lo largo del libro». Esto, te repito, nos distanció.

(Juan Benet se levanta y busca un libro en su biblioteca. Toma dos volúmenes y me los pone en las manos.)

J. B.—Dos libros que no se encuentran fácilmente hoy, y que son capitales para conocer a fondo el desarrollo de la personalidad de Luis Martín-Santos.

(Leo sus títulos: «Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental» y «Grana Gris». El primero está dedi-

sábados por la tarde, con Sastre, Soler, Quintanilla, Pérez Navarro, Zabala. Cada sábado se leía un capítulo de «El ser y la nada» o de «Qué es la metafísica». Si juzgamos aquellos desde hoy, lo vemos como fuera de la realidad; no sé si habrá servido de algo. Yo di un día una «lección» sobre Faulkner. Por entonces ya conocía el «Ulises», de Joyce. Había charlado con el pintor Caneja, en el Gijón; fue quien me lo recomendó. Caneja era y es un gran lector.

(Hablamos de la tertulia de Gambrinus, que luego se llamaría la Universidad Libre, de sus componentes, de la evolución de Víctor Zavala y de Alfonso Sastre, de la posición de cada uno ahora. También de aquella lectura de «Ulises» que tanto influiría en Benet. Sin embargo, últimamente ha puesto en tela de juicio, en un prólogo del que ya se conocen fragmentos, la jerarquía que se suele otorgar a James Joyce.)

J. B.—Lo que he escrito sobre Joyce no responde a ninguna «boutade», sino que creo, de verdad, que es un escritor de segunda fila. ¿Por qué? Porque hace de la literatura un proceso analítico. Me explicaré. Llamo literatura analítica a aquella en la que el predicado está incluido en el sujeto. Si digo «la noche está oscura», la metáfora es analítica, no creo literatura, tal como yo la entiendo. Para mí, la literatura consiste en formular juicios sintéticos sobre la realidad. Si escribí «la noche es plateada», el juicio es sintético y lo escrito ya es, por tanto, literatura. Lo demás, el costumbrismo, el naturalismo, no me interesan. Si descr. es una verbena sin apartarte de los elementos que la integran, no inventas nada, simplemente traspones la realidad a la escritura. Por eso Faulkner y Proust me parecen grandes escritores; por eso, también, Joyce me parece menor. El llamado «monólogo interior» —no sé por qué, puesto que un monólogo tiene siempre una trabazón lógica; por otra parte, los ingleses dicen, más justamente, «corriente del pensamiento»— puede servir como técnica, pero no creo que tenga otra validez.

(Entra Luis Carandell. Hablamos de los personajes que

ha conocido Juan Benet. De Hemingway, al que se encontró una noche en el ascensor del hotel Suecia y le invitó a charlar en su habitación. Benet recuerda que sobre una mesa alargada había una hilera de botellas. Hemingway le dijo: «He aquí mis lecturas». También de Ernesto «Che» Guevara, cuando vino a Madrid, con el cual habló largamente en el mismo hotel. Y de Pío Baroja, Pérez de Ayala y Azorín. Y otra vez de Faulkner.)

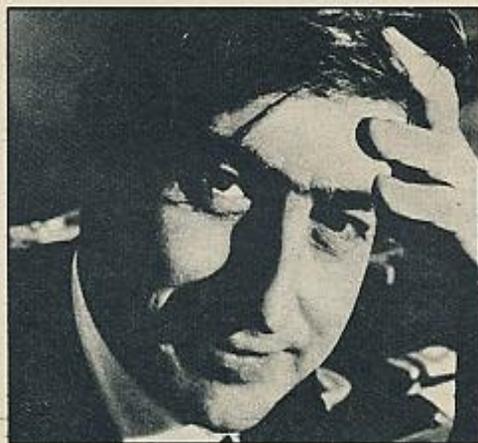
J. B.—Releo sus obras más importantes con mucha frecuencia. El último fin de semana volví sobre «Las palmeras salvajes», de la que hay una traducción de Borges realmente siniestra. Borges confunde los tiempos de los verbos, el subjuntivo con el potencial... Parece increíble. Cuanto más leo a Faulkner más profundo le encuentro. Fijate en esta frase: «La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde». Tres juicios sintéticos.

—Durante el día proyectas puentes, túneles, pantanos. ¿Qué haces ahora en tu tiempo «libre»?

J. B.—Escribo una novela breve, compuesta de diez partes, cinco expositivas y cinco de acción dramática. Es la historia de una familia engendrada en el odio. Sin embargo, tengo muchas dudas. No sé aún si la publicaré. Escribir no es, para mí, exactamente un «hobby». Me divierto en mi trabajo cotidiano tanto como ante la máquina de escribir. Por otro lado, ya sabes que la valoración del escritor es muy baja. En dinero existe una diferencia de cien a uno entre mi profesión diurna y mi oficio nocturno. Y que conste que he establecido la relación contabilizando las horas de dedicación a cada una de estas ocupaciones.

(Al terminar volvemos al recuerdo y a la novelística de Luis Martín-Santos de Ribera —así firmaba su libro de versos—.)

J. B.—Un gran amigo y un gran escritor potencial malogrado. De haber vivido más hubiera terminado «Tiempo de destrucción», la obra que seguiría a «Tiempo de silencio», en la cual seguramente hubiera dado el salto cualitativo que necesitaba como novelista. ■ EDUARDO G. RICO.



venientes de la idealización del autor.

J. B.—Estuve en completo desacuerdo con él desde el primer día. No me gustaba su planteamiento y, por qué no decirlo ahora, no me gustó en absoluto su novela. La desaprobé en tono amistoso, pero él debía de haber puesto mucho en el libro, y mi crítica nos distanció. Luego, la publicación de «Tiempo de silencio» estuvo sometida al azar. Le envié a un concurso convocado bajo el nombre de «Pío Baroja», y no le dieron el premio. Yo me fui entonces a Suecia y él a Heidelberg. En esta ciudad, Martín-Santos se encontró con Carlos Barral, y fue Barral quien finalmente se la editó. Por mi parte, sigo considerando válidos los

caso a Pedro Laín Entralgo, «sin el que este libro no hubiera podido ser escrito», y prologado por el doctor López Ibor. El segundo es un libro increíble: una colección de poemas con princesas, esquifes, cielos y mares azules, en versos modernistas, un antecedente de la poesía «veneciana» que no añade nada al prestigio del autor, el cual, dicho sea en su favor, hizo destruir la edición.)

J. B.—Pienso con sinceridad que Luis Martín-Santos, de haber vivido más, hubiera dado mucho de sí. Lo recuerdo siempre atento cuando alguien que le merecía confianza le hablaba de literatura. Todavía lo estoy viendo en la tertulia del Gambrinus, allá en el invierno de 1948, los